

FÁBULAS CONSTRUCTIVAS: LA BALLENA WALLY

Sobre prioridades

—¡Mira como resopla! —El grito procedía de la cofa de vigía del barco que pasaba.

—¡Sumérgete, Wally! No es hora de presumir saliendo a la superficie y expulsando chorros de agua. No es un *barco* de pasajeros.

La ballena Wally, que estaba disfrutando de sus cabriolas infantiles y acrobacias oceánicas, se reunió refunfuñando con el resto de sus compañeros de banco con quienes solía buscar alimento.

—Lo siento, mamá —contestó.

—Y será mejor que te quedes tranquilo y aguantes la respiración por un rato —dijo el papá mientras un arpón procedente de un bote de remos atravesaba el agua—. A menos que quieras terminar convirtiéndote, antes de tiempo, en jabón o velas, o en hueso para el corsé de una dama elegante. En realidad, lo más prudente para todos nosotros sería mantenernos tranquilos.

—Pero papá, ¿verdad que yo podría voltear el bote con mi cola?

—Esta vez no, Wally. No es necesario. Echa un vistazo. ¿Lo ves? Se han rendido y están regresando a su barco.

—Tu padre le dio la vuelta a unos cuantos cuando se vio en apuros —afirmó la mamá de Wally—, pero aprendió que lo más

importante del valor es la discreción. ¿A que sí, Germán?

—Sí, Hermione. Y tengo cicatrices de arpón que lo demuestran. Si hubiera mantenido la perspectiva correcta me habría ahorrado muchos pesares. Pero algunos de mis compañeros, como Dick, no tuvieron tanta suerte.

—De todas formas —dijo Hermione—, todos estamos hambrientos y creo que se acerca la cena.

Abajo, unos cientos de metros delante de ellos, un enorme cardumen de arenques se abría paso a través del abundante plancton y corales. Al ver aproximarse a las ballenas, los peces aceleraron, excepto un arenque que inexplicablemente dejó de estar a la cabeza del cardumen hasta quedar aleteando junto a Wally. Tenía una mirada burlona.

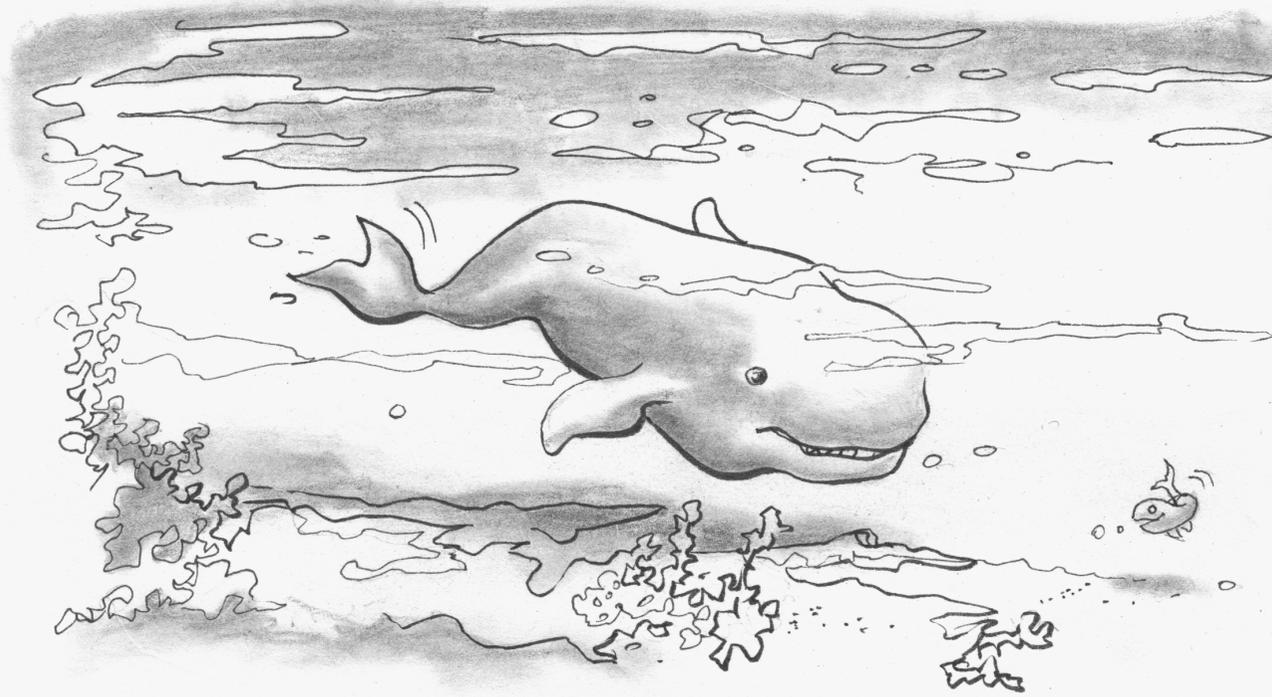
—¿Te crees muy chévere, verdad, grandullón?

—¿Qué quieres decir?

—Vi tú demostración de antes. Pero hace falta mucho más que lanzar un chorro de agua para impresionarme.

Enojado, Wally chasqueó sus mandíbulas ante el burlón pececillo, que hábilmente se apartó de su camino.

—¡Wally! Regresa al grupo —dijo Melville, uno de sus hermanos menores, viendo que se quedaba atrasado del resto—. No vale la pena. Más delante está todo el cardumen de donde procede.



—Hay muchos más peces en el mar, ¿eh? —dijo el arenque—. Pero mira al grandote y valiente Wally, ¡ni siquiera puede atrapar a uno de nosotros!

Furioso, Wally, haciendo oídos sordos a la llamada de precaución de Melville, salió detrás del pequeño arenque que ahora zigzagueaba entre el plancton y guiaba al joven y confundido ballenato en todas direcciones mientras se golpeaba la cabeza y se arañaba con el afilado coral.

Wally comenzaba a sentirse exhausto cuando vio que se dirigía hacia un amenazador banco de arena. El agua era cada vez menos profunda, pero no había perdido de vista al arenque que, aunque parecía extraño, actuaba como si eso fuera lo que quería. Pero se dirigía directamente hacia el banco de arena mientras alegremente se reía conforme la perseguía Wally.

De repente, Wally se detuvo en seco en el empapado lecho marino. Agitó sus aletas y empujó con todas sus fuerzas, lo que le impulsó más hacia adelante hasta que su cabeza sobresalía del agua y la mole de su cuerpo se incrustaba en la arena. Miró alrededor y consternado se dio cuenta de que se encontraba casi en la playa.

—¡Misión cumplida! —escuchó chirriar al pequeño arenque.

Mirando el agua, lo vio escabullirse a las profundidades del océano.

Wally forcejeó y jadeó, pero no podía moverse.

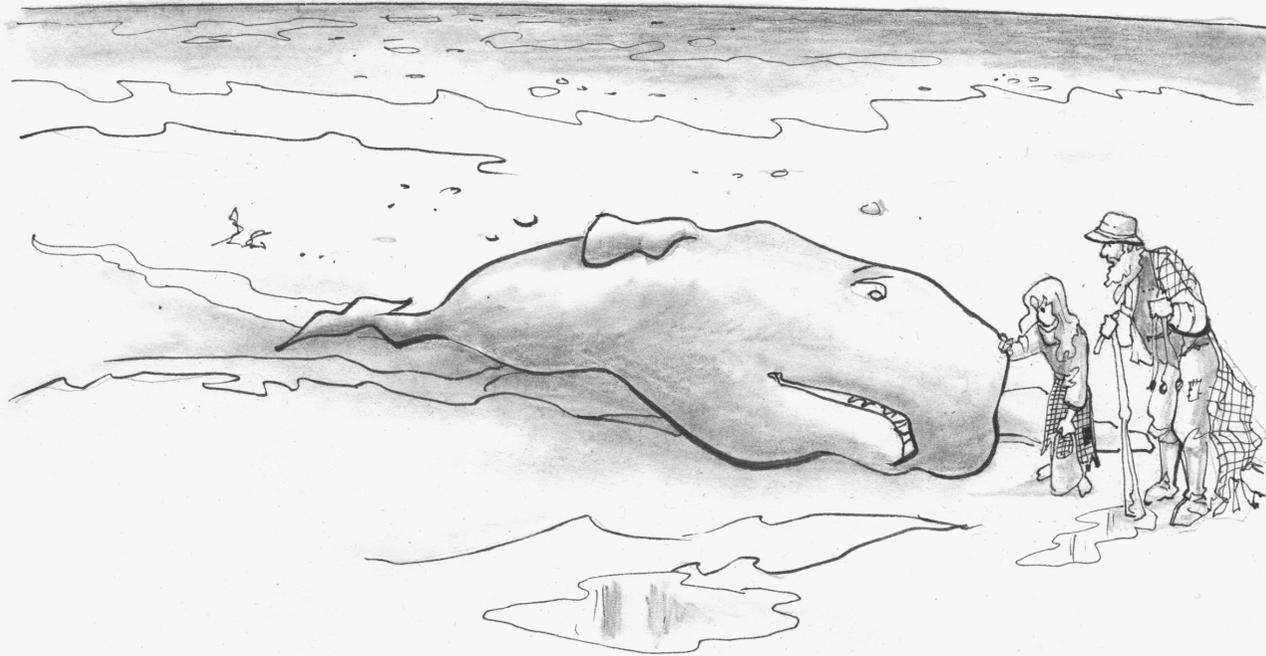
—Estoy encallado —se dijo—. Había escuchado que eso les sucedió a otras ballenas, pero nunca pensé que podría sucederme a mí.

El sol se estaba poniendo y, pensando tristemente en su destino, Wally se quedó dormido al final.

—¡Mira, abuelo, es una ballena!
A la mañana siguiente, Wally se despertó temprano al ver a una niña que corría descalza por la playa hacia él.
—¿Está muerta? —preguntó.
—No. Solo ha naufragado —contestó el viejo pescador que cojeaba tras ella, arrastrando una red apoyado en su bastón—. Pero si no la devolvemos rápido al océano, morirá. La marea ha bajado y hay un largo trecho hasta el mar. No llegará a esta noche.
A la niña se le saltaron las lágrimas.
—Pero, ¿qué vamos a hacer, abuelo?
—Ve y llama a la gente del pueblo. Corre por las calles y diles que traigan rápido cuerdas y un par de botes de remos antes de que la arena se seque demasiado. Suerte que es un ballenato, de otra forma sería imposible.

—Querido Dios —rezó la niña—, te ruego que ayudes a esta pobre ballena a regresar sana y salva al mar.
Wally cerró los ojos y sonrió; había estado preocupado hasta que escuchó la plegaria de la niña, que tras darle una cariñosa palmadita en la cabeza, salió corriendo.

Una hora y media más tarde, atado con fuertes cuerdas, indefenso pero agradecido, Wally fue arrastrado hacia el océano. Fueron precisos tres botes de remos, con seis remeros cada uno, para moverlo en la arena hasta que al final se sintió lo bastante profundo en el mar, donde una vez que los pescadores lo liberaron de las cuerdas logró agitar sus aletas y salir nadando. Echando un rápido vistazo, vio a la niña despidiéndose de él agitando la mano alegremente, y Wally la deleitó con un salto y una pirueta vigorosa.



—¿Qué habrá pasado con papá, mamá y el resto de mi familia? —Se preguntaba mientras, por un rato, nadaba sin rumbo en el vasto mar abierto sin ver un alma ni arriba ni abajo. Al recordar la plegaria de la niña, decidió él mismo orar.

—Señor, te ruego que me ayudes a encontrar a mi familia y mi grupo, o que ellos me encuentren...

Apenas había pronunciado su oración cuando escuchó la voz de Melville.

—¡Mamá, está aquí!

Wally se dio la vuelta y, para alegría suya, vio a su mamá, su papá y a todo el grupo acercándose con sonrisas tranquilizadoras.

—¿Cómo me encontrasteis?

—Puedes agradecerse al arenque —dijo Germán—. Nos dijo que te había llevado a un banco de arena. No sabía exactamente dónde, pero era hacia el este.

—Fue muy amable de su parte —dijo Wally.

—Tenía un motivo —dijo Hermione—, el cardumen lo envió para alejar a uno de los más... cómo lo digo, *vulnerables*, sabiendo que el resto de nosotros nos daríamos cuenta de que faltabas y dejaríamos de perseguirles para buscarte.

—Y eso hicimos —dijo Germán—. Te buscamos toda la noche.

—Y además estamos hambrientos —dijo Melville—. No hemos comido desde entonces.

—Pero, lección aprendida —dijo Germán—. Eso esperamos.

—Wally, ¿te imaginas cuál es la lección? —preguntó Hermione.

Wally avergonzado se retorció y se dio la vuelta antes de responder.

—Su... supongo que no debo distraerme con algo insignificante.

—Así es, hijo —dijo Germán—. Mantén los ojos en el panorama más amplio, o tú y muchos otros se perderán la meta principal. En este caso, permitiste que tu orgullo herido o lo que fuera impidiera que tu familia y todo el grupo comieran anoche.

—Tu padre tiene razón —dijo Hermione—. Y todos estamos hambrientos, pero creo que la cena ya está a la vista.

Fin